

rector será la obligación de vigilar que las diferentes especies de víveres que pertenecen á la provisión, sean de buena calidad, y que nada falte al peso y medida de las raciones, con responsabilidad de su persona de la falta que se note, aunque sus subalternos la cometan."

¿Cómo pues me hace Arellano responsable de cosas que no estaban á mi cargo? ¿por qué razón ha hablado tan maliciosamente? Para engañar al mundo, porque como la mayoría no tiene obligación de conocer la *Ordenanza* del ejército, ni las leyes militares, cree naturalmente lo que dice mi detractor, puesto que, siendo un general, debe suponerse que sabe lo que dice. Pero es menester tener presente que Arellano habla de mala fe y no quiere mas que mentir para desprestigiar.

Si Arellano quisiera decir la verdad, si hablase imparcialmente, si estimara en algo el nombre de su país y el honor de su ejército, si fuera justo; en fin, lejos de hacerme reproches inmerecidos, me prodigaría elogios, porque no siendo de mi responsabilidad nada de lo que no expresa el título de mis funciones, yo me entendía en todo; todo lo veía, todo lo mandaba, todo lo vigilaba: estaba en todo. Por eso dice Hans, en la página 71 de sus *Memorias* sobre el "Sitio de Querétaro," estas palabras, que me honrarán siempre: "Márquez, el terrible jefe de Estado Mayor, que daba en aquel momento *órdenes breves y repetidas, en las cuales todos ponían su confianza; y de las que se aguardaba el triunfo, etc.*....."

IX

Cómo salir de Querétaro *

Nada dice este capítulo digno de contestarse. Todo queda ya contestado en sus lugares respectivos; pero bueno es llamar la atención respecto de las contradicciones que contiene; dice que, "el Emperador, los Generales y yo, todos teníamos resuelto salir en busca del

* Resumen del capítulo del libro de Arellano:—Márquez asegura que el ejército imperial tomará la iniciativa contra los republicanos.—Bajo este pretexto evita preparar la defensa.—La opinión de los otros generales estaba de acuerdo con sus resoluciones.—Se decide tomar la ofensiva; pero el general Márquez se opone.—Ventajas obtenidas por la traición.—Miramón ataca á Márquez con motivo del estado en que había puesto al ejército imperial.—Márquez no puede defenderse.—Fundamentos de la opinión de Miramón.

enemigo;" y á la vez me hace cargo, porque no se fortificaba la plaza que íbamos á dejar. Dice "que yo influí secretamente con S. M. para que no se efectuara la salida;" pues si fué en secreto, ¿cómo lo supo Arellano? Dice que los doce días transcurridos del 22 de febrero al 6 de marzo se pasaron en la inacción; y todos saben que se trabajaba sin cesar de día y de noche, en todos los preparativos para la campaña, porque se carecía hasta de municiones, como el mismo Arellano lo sabe y lo tiene dicho. Declara que en el consejo de guerra, del 22 de febrero, quedó resuelta la salida para el 26 del mismo, y en otros capítulos me hace cargo de que "no se mandaba ir de México un convoy con lo necesario;" ¿podía llegar en tres días? Pues si esto no era posible, y él lo sabe bien, ¿por qué es tan infame que me culpa por lo que no estaba en mi mano, ni en la de nadie, remediar?

X

Por qué no se rompió el sitio en Querétaro *

Aquí es donde Arellano me acusa de que yo aconsejé al Emperador que marchase con el ejército á México; y á este movimiento estratégico, como luego explicaré, le da mi detractor el nombre impropio de retirada y lo atribuye á una intención dañada.

El caballo de batalla de Arellano en su folleto, para hacer creer mejor que todo lo malo que sucedió fué culpa mía, es la influencia que supone que yo tenía en el ánimo del Soberano, porque de ello resultaba que S. M. hacía todo cuanto yo le indicaba.

Es un error: el Emperador siempre hizo lo que le pareció más conveniente, sin que prevaleciera mi opinión. Veamos algunos casos.

En primer lugar recuérdese que á su salida de México para Querétaro, el señor Lacunza se opuso á ello, haciéndole muy serias reflexiones, y el Soberano insistió y marchó.

Luego en Querétaro, no sólo yo, sino todos los generales hicimos

* Resumen del capítulo respectivo del libro de Arellano:—Para consumir su traición, Márquez aconsejaba una retirada.—Imposibilidad de ese movimiento.—La derrota del ejército imperial en caso de retirada era completa.—Maximiliano rehúsa seguir el consejo de Márquez y cita un consejo de guerra, que opina por la ofensiva y rechaza la idea de una retirada.—La opinión que el general Márquez sostenía en público era diferente á la que exponía secretamente al Emperador.

cuanto estuvo á nuestro alcance por salir á la campaña, y S. M., movido por las personas que antes he dicho, quiso esperar á las tropas de la Sierra.

Una noche se me presentó el general Méndez en el cerro de las Campanas á participarme que el enemigo se movía por nuestra derecha con intención al parecer de voltear nuestra posición, en cuyo movimiento podía muy bien, por medio de una marcha rápida y repentina, internarse en la ciudad, interponiéndose entre el cerro de las Campanas, que era el centro de nuestra línea de batalla, y el convento de la Cruz, en que estaba nuestro parque, comisaría, hospital, equipajes, etc., y dejándonos desde luego hasta sin municiones con que batirnos. Hice que Méndez lo explicase así al Emperador: S. M. se sonrió y me preguntó mi opinión: contesté que creía muy posible aquel movimiento; y el Soberano me ordenó entonces que le diese mi parecer sobre lo que convendría hacer en aquel caso.

—Señor: le dije, si á V. M. le parece bien, yo me comprometo á que se traslade á este punto inmediatamente todo lo que tenemos en el convento de la Cruz. Entre tanto formaré las tropas en columnas, y al romper el día cargaremos vigorosamente sobre el enemigo, que como ignora en lo absoluto esta determinación, comenzará por ser sorprendido y acabará por ser derrotado, porque no podrá resistir nuestro empuje, que no espera. Si la fortuna nos es propicia, alcanzaremos una victoria completa; y si los contrarios, eludiendo el combate, se salvan así de una derrota total, al menos nosotros podemos posesionarnos de la Estancia de las Vacas, que tenemos á la vista. El enemigo, que no nos ha batido aquí, menos nos batirá allí. Si á pesar de esto lo intenta, su destrucción es más segura, porque estamos mejor posesionados, y si no lo intenta, nosotros nos encontramos ya en una posición muy ventajosa, en campo abierto y en libertad para hacer todo lo que se quiera. Yo le respondo á V. M. del buen éxito de este movimiento, que es tanto más seguro cuanto que el enemigo no tiene ni la menor idea de él.

A todo esto sólo me contestó el Emperador:

—Deseo consultar con los generales Miramón y Escobar.

Hice que se presentaran en el acto, é impuesto del asunto, é interrogado Miramón por el Emperador sobre su parecer:

—Señor: le dije, no veo la situación tan apremiante, ni hay necesidad de ese movimiento, y menos de tomar una resolución definitiva

sin conocer todavía las intenciones del enemigo. Esperemos con calma para ver lo que hace, y más tarde resolveremos lo que convenga. Entre tanto, con que la división Castillo ejecute un cambio de frente, es bastante.

Escobar fué de la misma opinión, y el Emperador dijo que esa era también la suya; en esos momentos se presentó casualmente el general Castillo y se le dió la orden por Miramón para que hiciese un cambio de frente á retaguardia sobre la extremidad de la ala izquierda de su línea: como lo verificó. Pocos días después estábamos cercados por el enemigo, que no nos habría encerrado si nos hubiéramos salido cuando yo lo dije.

Mucho después de esto, estando ya el Emperador en el convento de la Cruz, me presenté una tarde en su habitación para asuntos del servicio. El Soberano hablaba con Méndez y ambos estaban preocupados á consecuencia seguramente de la cuestión que debatían. S. M. me dirigió la palabra y me preguntó qué creía yo que debiera hacerse en la situación que guardábamos; me excusé cuanto pude de dar mi opinión; pero obligado por las instancias del Soberano, llenas de dulzura y de amabilidad, cedí al fin y le hablé en estos términos:

—Señor: si como soldado he de contestar, no puedo decir mas que debemos permanecer al frente del enemigo hasta que se decida la cuestión: pero si hemos de tener en consideración la parte política y la existencia del Imperio, que fácilmente puede desaparecer en esta ciudad, creo que se debe ocurrir á los recursos del arte y obrar estratégicamente para salir de nuestra posición.

Por esto, pues, si yo mandara aquí, que es el caso que V. M. me ha puesto, con el mayor sigilo organizaría mi marcha en el silencio de la noche, y al amanecer rompería el sitio, por el camino de Celaya, en que serían derrotadas sin trabajo alguno las fuerzas enemigas que cubren esa línea y que no podrían resistir el choque de todo el ejército. Me posesionaría violentamente de la estancia de las Vacas; daría el frente á la ciudad y esperaría al enemigo; si iba á buscarme tenía yo segura la victoria en aquella excelente posición, y si no, continuaba yo tranquilamente para Celaya, haciendo creer que me dirigía á Guanajuato. El día siguiente, en vez de ese camino, tomaba el de Acámbaro, diciendo que iba á Morelia; y al otro día en lugar de tomar este camino, seguía el de Maravatío é Ixtlahuaca forzando marchas para llegar rápidamente á Toluca. Antes habría yo prevenido ya

á la guarnición de México que saliese á mi encuentro posesionándose del monte de las Cruces, y antes también habría yo dado la orden para que la guarnición de Puebla se replegase á México. De este modo reuniría con los 9,000 hombres que hay aquí, 5,000 en México, 3,000 en Puebla y otros 3,000 que entre ambas ciudades se reclutarían fácilmente, en pocos días, un total de 20,000 hombres, con 100 piezas de artillería de campaña, con los cuales libraría una batalla campal, cuyo buen éxito era seguro, atendida la buena calidad de mis tropas, y la circunstancia de tener reunido á mis ordenes, lo más florido y lo más afamado del ejército en generales, jefes y oficiales, terminando así la cuestión de una manera tan completa que quedásemos dueños enteramente de todo el país; puesto que, así como yo habría reunido todos mis elementos, también el enemigo habría reunido los suyos: de consiguiente, al ser derrotado, quedaría sin ninguno.

Este camino, señor, es carretero y amplio; el terreno abierto y las poblaciones que he citado abundantes en toda clase de recursos que se pueden sacar cómodamente, además de dinero para socorrer las tropas; y dichas poblaciones están unas de otras, con poca diferencia, á una jornada de distancia. No creo, señor, que el enemigo que no nos batió en el cerro de las Campanas, se atreviese á seguirnos para librar una batalla campal; mas si lo hiciera me batiría y correría mi suerte; y si no, llegaría tranquilamente á México para organizar el ejército y salir al encuentro de mis contrarios.

Al acabar yo de hablar brilló en el rostro del Soberano la satisfacción y la alegría. Preguntó su opinión al general Méndez, que acababa de escucharlo todo, y este general contestó que cuanto yo había, dicho era lo mejor que podía hacerse. En esos momentos apareció el general Miramón é impuesto de aquel proyecto por el Emperador, que cuidó de no decirle que era mío, porque así se lo había yo suplicado, dicho general contestó estas palabras:

—Señor: quien eso ha dicho á V. M., le ha dicho la verdad, porque eso es lo que se debe hacer.

—¿Usted me responde del movimiento?—le preguntó el Emperador.

—Sí, señor, yo respondo á V. M.,—le contestó Miramón.

El general Castillo, á quien fué á ver el Emperador en unión mía, le respondió del mismo modo, comprometiéndose á igual responsabili-

dad. El general Vidaurri aceptó también la idea de la salida de Querétaro, queriendo sólo que en lugar de ir á México, fuésemos á Monterrey, donde aseguraba al Emperador proporcionarle gente, cañones, armas portátiles, municiones, dinero y cuanto pudiera necesitar. Y sólo el general Mejía se opuso resueltamente al proyecto, diciendo que era impracticable porque apenas nosotros saliésemos de la ciudad, el enemigo nos cargaría con todas sus fuerzas y nos hacía pedazos, sin darnos tiempo ni para formar.

Ofreció al Emperador llevarlo seguro hasta México con todas sus tropas, siguiendo el camino de la Sierra; pero con la condición de abandonar en Querétaro toda su artillería, carros de municiones, comisaría, equipajes y todo lo demás que no fuera posible llevar por aquel camino.

Los ojos del Emperador se arrasaron de lágrimas y dirigiéndose á mí, me dijo estas palabras:

—Es la primera campaña que hago en este país y me da vergüenza volver á México, habiendo perdido mi artillería y mis trenes.

Por de contado el movimiento quedó sin hacerse. Entonces creí que había sido sólo por la opinión del general Mejía; pero Arellano nos hace saber en su folleto que él fué quien habló secretamente al Emperador para convencerlo de que no podía hacerse. Por lo expuesto, se ve que mis opiniones no eran seguidas por S. M., y que yo no tenía ni la menor influencia en sus determinaciones. Y por el término triste y desastroso del sitio de Querétaro se ve el resultado funesto y lamentable de los consejos pérfidos é infames de Arellano dados al Emperador.

Ya tengo explicado en mi *Manifiesto* del año anterior, que aun en el remoto caso de que el Emperador fuese derrotado al salir de Querétaro, y aun cuando se hubiese perdido la plaza de México, que yo defendía, ni aun así se habría perdido la causa del Imperio, porque como digo en el documento citado, “establecido el Soberano en paraje seguro y sostenido por buenos caudillos, teniendo centros de unión bien elegidos, y siguiendo la lucha con constancia habría obtenido el triunfo más completo.” En aquel documento presento á Juárez como testimonio de esta verdad y digo: “ahí está presentándonos dos ejemplos: el primero cuando residió en Veracruz con su simulacro de gobierno, todo el tiempo que duraron las administraciones de Zuloaga y Miramón, dueños de todo el país, con raras excepciones; y el segundo,

cuando estuvo en paso del Norte, donde permaneció todo el tiempo de la Intervención. Y sin embargo, en ambas ocasiones acabó por entrar en México. ¿Por qué no había de poder hacer esto mismo el Emperador contando con un valor á toda prueba, con una inteligencia despejada, con buenos caudillos y con prestigio en el país, con buena fe y con sobrada razón para salvar á su patria, ó perecer en la lucha?"

Y ahora agregó que aún en el caso de que reunidos los 20,000 hombres con sus 100 cañones que yo decía, y librada la batalla que yo quería, se hubiera perdido por nosotros, todavía así hubiéramos ganado, porque salvándose el Soberano y sus caudillos, se hubiera realizado lo que antes dejó expuesto; mientras que por los caprichos de Arellano, de permanecer en Querétaro encerrados en una plaza antimilitar, indefendible, privada de todos los elementos de defensa y sin contar con un ejército de socorro que no podía ir en su auxilio, porque no lo había; y por el empeño de oponerse á cuanto yo decía, sin más razón que por decirlo yo, Arellano logró por fin conducir á un patíbulo á su Soberano, á su amigo Miramón y á generales muy ameritados, sacrificar al ejército y perder á su patria, pero cuidando de salvarse él, mientras que morían gloriosamente sus superiores á quienes había comprometido. Y ahora tiene la necia pretensión de culparme, atribuyéndome responsabilidades que no tengo, y faltas que no he cometido, para lavarse de la negra mancha que no lavará nunca y que cada día obscurecerá más su rostro color de cobre.

A continuación dice Arellano, "que el soldado mexicano tan valiente en la ofensiva, no es á propósito para la defensiva ó para combatir en campo abierto. Finalmente, que es bueno para todo, menos para una retirada en que se necesita una larga práctica, instrucción y obediencia á una severa disciplina."

Antes de ultrajar Arellano en país extranjero al ejército de su patria, debió haberse quitado las insignias militares para no pertenecer á él, puesto que le parece tan plagado de defectos; y ya que él lo insulta, yo lo defiendi haciéndole justicia, porque me glorío de ser mexicano, y donde quiera que me encuentre, amo á mi patria y me honro con el uniforme militar de mi país.

Todo el mundo sabe que cuantas plazas han estado defendidas por soldados mexicanos, no se han rendido jamás, sino hasta que la absoluta falta de víveres ó municiones las han puesto en manos de sus con-

trarios; y la marina de guerra francesa en 1838 hizo justicia á nuestra bizarra guarnición de la fortaleza de Ulúa por su defensa, careciendo de todo contra fuerzas muy superiores que, teniéndolo todo en abundancia, la inundaron en un momento con una lluvia de proyectiles de todas clases sin que por eso cediesen sus valientes defensores, hasta que incendiado el caballero alto, concluyeron sus municiones; y todavía así, no quisieron rendirse á discreción, ni salieron de la plaza sino por una capitulación que los honrará siempre y que obtuvieron en medio de los aplausos del enemigo, que elogiaba su valor.

Ahí está la plaza de Guadalajara en 1860, defendida por el general Castillo, haciéndose proezas de valor, de intrepidez y de inteligencia por sitiados y sitiadores, sin que éstos llegasen á tomarla, hasta que sin municiones ya, tuvo Castillo que capitular.

Ahí está, sin ir más lejos, la plaza de Querétaro defendida por el Emperador en 1867, que combatió setenta días contra un ejército infinitamente superior, sin que éste hubiese podido tomarla y sin que hubiese llegado á caer en sus manos sino por medio de una traición.

Finalmente, ahí está México defendido por mí en la misma época y por espacio de setenta días, que tampoco pudo tomar el enemigo, el cual no entró á dicha plaza, sino cuando dos días después de muerto el Emperador, sin tener ya ni un cartucho, ni un pedazo de pan y separado yo del gobierno por la desaparición del Soberano, se le abrieron las puertas. Y en honor de la verdad, debo decir para honra de mi patria, gloria de su ejército y orgullo mío: que el último día del sitio de México había en todos los que me obedecían, desde el primer general hasta el último soldado, más valor, más energía, más resolución, mayor abnegación y más entusiasmo que el primero. *

* Como rectificación de lo que afirma Márquez, publicamos los documentos que siguen, hasta hoy inéditos, y que ratifican nuestra entrevista con el general Porfirio Díaz:

"Telégrafo Eléctrico de Veracruz.—Oficina de Ayotla.—Remitido de Tacubaya, Junio 19 de 67.—Recibido en Mexicalcingo, 1867, á las... y... minutos de la noche.—C. Gral. Riva Palacio.

"Por ningún motivo permitirá U. que se tire ningún proyectil sobre la plaza si no es en contestación de algún acto hostil por parte del enemigo con quien estoy en pláticas, cuando estas concluyan daré á U. conocimiento de su resultado y le comunicaré nuevas instrucciones. Haga U. que en toda su línea se haga el servicio en toda esta noche con mayor eficacia y vigilancia de que sean capaces esos sufridos y valientes soldados. Por ningún motivo permitirá U. en su línea la entrada ni salida de persona alguna sean cuales fueren las circunstancias, solo en caso de ser algún parlamentario que sera recibido y conducido á este Cuartel Gral. con las formalidades del arte.—Díaz.

¡General Arista, levántate de tu tumba y pon tu dedo frío sobre los labios del detractor Arellano, señalándole los campos de Palo Alto y la Resaca de Guerrero, en que los valientes que mandabas el 8 y 9 de mayo de 1846, recibían formados en batalla é impasibles como si fueran rocas, el fuego mortífero de los cañones americanos, sin que hubiese en aquellos momentos uno solo de tus soldados que diese un paso atrás!

¡General Miramón, levántate de tu sepulcro y muestra á Arellano el primer cuerpo de ejército en 1858, formado en batalla al pie de las montañas de Ahualulco, recibiendo el fuego de la artillería enemiga, sin que hubiera ni un individuo solo que se moviese de su puesto, á pesar de los estragos horribles de los proyectiles que despedaban á nuestros valientes!

¡General Filisola, desmiente á Arellano, recordándole tu retirada de Tejas en 1836, con un ejército casi desnudo, descalzo y muerto de hambre, sin general en jefe ya y víctima de toda clase de penalidades, dando ejemplo de abnegación, de moralidad, de subordinación

“Telégrafo Eléctrico de Veracruz.—Oficina de Ayotla.—Remitido de Tacubaya, Junio 20 de 67.—Recibido en Mexicalcingo . . . 1867 á las . . . y minutos de la mañana.

“S. Gral. Riva Palacio.

“Seguimos en suspensión de fuegos. *Marquez se ha ocultado* y Taverá tiene el mando. Algunos jefes de la plaza quieren fugarse aprovechando estos momentos. Una partida de nuestra caballería persigue en su fuga á unos desconocidos que pasaron cerca de Miscoac. Redobla mucho tu vigilancia y encarga á Hinojosa que con este objeto disperse por la laguna todas las canoas que pueda.—*Diaz.*”

“Telégrafo Eléctrico de Veracruz. Oficina de Ayotla.—Remitido de Tacubaya, Junio 20 de 67.—Remitido en Mexicalcingo . . . 1867, á las . . . y minutos del día

“C. Gral. Riva Palacio.

“Luego que el Pabellón Nacional esté levantado en Chapultepec y en las obras del mismo punto, se disparen dos ó más cañonazos es señal de que la suspensión de fuegos queda terminada y el armisticio roto.—*Diaz.*”

Días antes al de la ocupación de la plaza de México, el general O’Horán había salido dos veces del sitio para conferenciar con el general Diaz, ofreciéndole en cambio de su salvación, entregar aquella y á sus jefes principales, á la cabeza de ellos el general Márquez.

El general Portilla, ministro de guerra, tenía su salvoconducto en el bolsillo para hacer lo mismo que su digno colega O’Horán.

Y Márquez ya buscaba refugio cerca de don Juan José Baz, el liberal más rojo que vieron aquellos tiempos, en cuya casa se escondió, después de estar en la número 5, de la familia Barbero, en la calle de los Migueles.

Así, pues, no hubo en el último día del sitio en todos los que obedecían á Márquez, desde el primer general hasta el último soldado, más valor, más energía, más resolución, mayor abnegación y más entusiasmo que el primero.

En otro lugar de esta obra ya probamos que hubo un pronunciamiento y desertiones, y que lo más selecto de entre los generales, incluso el Ministro de guerra, quedaron fuera del presupuesto por orden del mismísimo Márquez y á causa de sus enfermedades ó su inutilidad para asuntos del servicio.

ción, de valor y disciplina, obedeciendo ciegamente y con la mayor precisión cuanto se le mandaba, sin que hubiese ni un solo individuo que diese el menor motivo de queja!

¿Ha olvidado Arellano la retirada de Miramón con el primer cuerpo de ejército en 1858, desde las Barrancas de Atenquique hasta Guadalajara, á donde llegó sin novedad, á pesar de haberlo perseguido hasta allí el enemigo, tiroteándolo constantemente?

¿Ha olvidado también la retirada de este mismo general en 1859, en las mismas circunstancias y con igual éxito, desde Sayula hasta Guadalajara?

¿Ignora acaso la retirada del general Woll en 1860, desde Techaluta hasta Guadalajara, batiéndose día y noche con el enemigo que en crecido número lo rodeaba, atravesando las llanuras este ameritado general con sus tropas formadas en cuadro, y sosteniendo el fuego en todas direcciones, sin dejar un rezagado, ni una mula, ni el más pequeño objeto en su camino, hasta llegar sin novedad á dicha capital?

Para que se ruborice más Arellano de haberse expresado así, le cito las *Memorias* del sitio de Querétaro, escritas por el Teniente de artillería don Alberto Hans, que no siendo mexicano, prodiga los más grandes elogios á nuestro ejército, sin distinción de colores políticos; y lleno de decoro, de dignidad y de decencia, repite á cada paso, desde el principio hasta el fin de su libro, todas las virtudes del soldado mexicano, principalmente como sufrido, honrado, leal y valiente.

Para terminar este capítulo, llamo la atención respecto de la ofensa que hace Arellano al Emperador y á los generales que había en Querétaro, al decir que no se hacía más que lo que yo quería. Ya he demostrado que no era así, y ahora pregunto: ¿pues qué el Soberano y los generales no tenían su juicio propio? Demasiado lo hemos visto, y el mismo Arellano lo confiesa en este capítulo.

Y la llamo también respecto de la inexactitud con que habla Arellano, porque esto prueba su mala fe. Dice que el 10 de marzo, hacía ya cinco días que el enemigo tenía circunvalado á Querétaro: en la foja anterior dijo que el enemigo se presentó á la vista de la ciudad el 6 del mismo mes. Todos vieron que permaneció en esa posición varios días, antes de comenzar la circunvalación, y que ésta no quedó terminada sino hasta el 13, por lo cual no pudo emprender su ataque, sino el 14, ¿cómo es que el 10 hacía cinco días que tenía cir-

cunvalada la plaza? Téngase esto presente para apreciar el dicho de Arellano en lo que vale.

Por lo demás, todo lo que dice Arellano respecto de que á nuestra salida de Querétaro nos haría pedazos el enemigo, es una mentira que sólo puede decir un militar ignorante, según se probó pocos días después con la salida que hizo el general Miramón por el camino que yo había designado, en cuyo movimiento con solo dos batallones y alguna caballería derrotó al enemigo que ocupaba aquella línea, según yo había previsto: le tomó prisioneros, víveres y ganado, y permaneció dueño del camino, que quedó sin uno solo de nuestros contrarios y á nuestra disposición desde las seis de la mañana hasta las doce y media del día, en que por no tener ya objeto volvió á entrar en la plaza, sin que en todo este tiempo hubiera descendido de las alturas ninguna fuerza á batir á Miramón ni á reconquistar la línea que había perdido el enemigo. Entonces vió el Emperador por sí mismo que era cierto cuanto yo le había dicho: que era fácil sorprender al enemigo, cuando él no lo esperara; que era posible romper el sitio por el camino de Celaya, derrotando á las tropas que lo cubrían, posesionarnos de la estancia de los Vacas y provocar una batalla en terreno donde todas las ventajas estuviesen de nuestra parte; ó bien, ejecutar el movimiento que se creyera conveniente; pero alcanzándose de luego á luego la muy grande de salir de la posición en que estábamos tan mal, que con excepción de lo que dejo dicho, ninguna otra cosa se podía emprender con buen éxito, como se vió después.

Así es que, como el Emperador presenció que lo que yo le había propuesto con todo el ejército, era tan seguro que Miramón lo ejecutó á su vista con unos cuantos soldados, S. M. me repetía á cada momento en el cerro de las Campanas, donde nos encontrábamos, presenciando el movimiento de Miramón, estas palabras:

—Ahora veo que se puede salir de la plaza.... Me habían engañado..... Hace tantas horas que somos dueños del camino..... Nadie baja á batir á Miramón.....

XI

El valor del Emperador y mi conducta militar en Querétaro *

No hay remedio: Arellano se ha propuesto culparme por todo. ¡Paciencia! Es menester conocer el mundo y saber que en la marcha de los tiempos hay épocas en que los que antes pedían un favor con el sombrero en la mano, vienen á ser fieros calumniadores de aquellos á quienes antes lisonjeaban. Es menester tener presente que en este mundo, como dice el proverbio, "no todo lo que relumbra es oro" y que hay hombres que parecen muy sabios y no son más que unos necios.

Desaprueba Arellano en este capítulo que el Emperador estableciera su cuartel general (como él lo llama) sobre la misma línea de batalla en el cerro de las Campanas, porque este procedimiento es contrario á las reglas del arte que lo prohíben á cualquiera en igual caso, aun cuando sea un general en jefe.

En primer lugar, la residencia del Emperador allí, no se llamaba "Cuartel general," como se llama la de un general en jefe; sino "Cuartel imperial," conforme al artículo 24 del título V, tratado VII de la *Ordenanza General del Ejército*, que hablando de la presencia del rey en campaña, llama al lugar que ocupa "Cuartel Real."

En segundo lugar, el Emperador no conocía el miedo y rodeado de los valientes más afamados del país, no era S. M. quien hubiera consentido jamás en situarse lejos del peligro, porque era un héroe lleno de dignidad, de abnegación y patriotismo, como lo probó más tarde dando su vida por su patria en ese mismo cerro de las Campanas, y habría preferido morir cien veces á separarse de donde llovían

* Resumen del capítulo del libro de Arellano:—Astucia con la cual traicionaba Márquez.—Aconseja al Emperador establecerse en uno de los puntos más peligrosos de la línea de defensa.—Paralelo entre la traición de Márquez y la de López.—Facilidades que tenía el primero para traicionar.—Márquez se opone á que el convento de la Cruz se fortifique bien.—Terrible combinación formada por él para hacer que la plaza cayese en poder de los republicanos en el momento en que la atacaron.—Certidumbre que tenía del éxito de su plan.—Extraña escena que pasó entre el Emperador y Márquez.—Miramón destruye el horrible plan de Márquez y salva la plaza el 14 de Marzo.—Pruebas de la existencia de ese plan de venganza.